

CAPÍTULO IX

CONCLUSION

LA historia del anarquismo individualista o, como lo llamó Tucker, del anarquismo científico, se diferencia esencialmente de las ideas libertarias introducidas en el país por una emigración europea, que tienen su base casi exclusivamente en las interpretaciones de Bakunin y de Kropotkin, a causa de su origen esencialmente americano. El anarquismo que se desarrolló en tierra americana arraiga en la visión filosófica del siglo XVIII, tal como fué sostenida en Inglaterra e introducida por los próceres de este país y desarrollada en conformidad con las nuevas condiciones sociales de América, que se distinguen netamente de las de Europa. La mayoría de los representantes de estas doctrinas procedían del auténtico tronco americano. Warren, Andrews, Spooner, Greene, Heywood, Tucker eran todos de Masschusetts; eran, pues, verdaderos *yanquis*, pues esta palabra que hoy se aplica en general a los norteamericanos, originariamente se empleaba solo para caracterizar a los habitantes de New England, que se consideraban la élite del americanismo.

RUDOLF ROCKER

Pero no solo eran americanos porque el azar del nacimiento les había hecho tales, sino porque tenían hondas raíces en la historia y en las tradiciones de su país. Por esta razón vieron en sus ideas solamente un desenvolvimiento lógico de esas tradiciones y obraron conscientemente en ese sentido. Así declaró C. L. James, uno de los representantes mejor dotados de esa tendencia, en su escrito *Origins of the Anarchism*:

“El anarquismo inglés y americano nativo puro aparece mucho antes que sus diversas escuelas en Francia, Alemania o Rusia. Por eso es un gran error considerar el anarquismo como una posición espiritual especial de los extranjeros, contra quienes se levanta hoy tan ridículo prejuicio. El anarquismo es el hijo de nuestras grandes instituciones y tenía que surgir de ellas”.

James muestra cómo desde la aparición de *Vindication of Natural Society* (1760) de Burke, Inglaterra y América no han carecido nunca de pensadores libertarios y cómo inmediatamente después de la publicación de las famosas *Junius Letters* en Inglaterra, con su lema: “No es el desorden, sino el médico; es la mano perniciosa del gobierno lo que puede hacer desesperar a todo un pueblo”, Paine y Jefferson han surgido con sus primeras manifestaciones políticas y han conmovido la creencia ciega en la infalibilidad del Estado.

William B. Greene, en su ensayo *The Sovereignty of the people* (1863), basaba toda su crítica de las condiciones políticas y sociales en las tradiciones históricas de los Estados Unidos y decía:

“En teoría el gobierno de un pueblo libre no es el que debe gobernar en todas las circunstancias, sino el que debe gobernar efectivamente mientras mantiene el derecho contra la injusticia, y debe comenzar a caer en pedazos tan pronto como comienza a mantener la injusticia contra el derecho. Ningún país es verdaderamente libre mientras su Constitución no proporciona al ciudadano protección contra la acción injusta de otros ciudadanos, y mientras no le garantiza también contra la acción injusta del gobierno mismo. Ningún opresor es tan intolerable como un gobierno opresivo; pues el opresor privado obra con su propia fuerza únicamente, mientras el opresor gubernamental obra con la fuerza irresistible del pueblo entero”.

Andrews, Spooner y otros han dicho lo mismo con otras palabras. Lo cierto es que, en tanto que pueda hablarse en relación con el anarquismo americano de aquel tiempo de influencias extranjeras, éstas se remontan a las mismas fuentes de que ha nacido la *Declaration of Independence*, o sea, a los pensadores ingleses que siguieron desarrollando esas ideas después de Locke y en la dirección de éste, como Priestley, Price, Bentham, Mill y Spencer. Sólo

Max Stirner tuvo sobre Tucker y su estrecho círculo una cierta influencia. El único no inglés que causó una honda impresión en esta tendencia fué Proudhon, pero justamente porque sus ideas eran afines al viejo radicalismo anglo-norteamericano y porque sus proposiciones prácticas tenían mayores perspectivas en un país joven como los Estados Unidos.

Por otra parte, no hay que perder nunca de vista que los fundadores del liberalismo americano no se dieron por satisfechos en manera alguna con los principios políticos establecidos en la *Declaration of Independence*, sino que intentaron también a su modo llevar esos principios a las condiciones económicas y sociales. Paine se pronuncia ya en la segunda parte de sus *Rights of Man* en favor de una amplia reforma social, que tenía en vista principalmente una transformación del sistema tributario, la ocupación de los desocupados y una pensión de vejez para los veteranos del trabajo sin recursos. En su *Agrarian Justice* profundiza más esas ideas y declara que el hombre no ha creado la tierra y que, por eso, no tiene derechos eternos a ella, pues Dios, el creador de todas las cosas, no ha hecho ningún negocio de contratos de propiedad. Consideraba el monopolio de la tierra como el más grande de los males, y como causa del descontento permanente en la sociedad. Por eso exigía que los privados de su derecho natural a la tierra fuesen indemnizados de alguna manera, y

desarrollaba al objeto un plan muy detallado para superar la injusticia perpetrada.

Jefferson, fuertemente influído por Paine, declaró: "Dejo sentado por esta razón, que supongo perfectamente evidente, que la tierra pertenece en usufructo a los vivos; que los muertos no tienen poderes ni derechos sobre ella. La porción ocupada por un individuo cesa de ser suya cuando él mismo cesa de existir, y vuelve a la sociedad". Se sabe cuán hostilmente resistía Jefferson las especulaciones financieras del sistema bancario fecundado por Hamilton, así como dijo en una carta al Dr. Thomas Cooper, fechada el 16 de enero de 1814: "Es algo cruel que tales revoluciones en las fortunas privadas estén a merced de aventureros avariciosos que, en lugar de emplear su capital, si lo tienen, en industrias, comercio y otros propósitos útiles, hacen de él un instrumento para recargar todos los intercambios de propiedad con sus beneficios engañosos, beneficios que son el precio de la industria no útil que desempeñan".

La preocupación de Jefferson ante este desarrollo de una nueva aristocracia financiera, se desprende de su carta a William B. Giles, 26 de diciembre de 1825: "No teniendo la nueva generación nada de los sentimientos o principios de 1776, dirige la vista ahora al gobierno espléndido y personal de una aristocracia, fundada en las instituciones bancarias y en las corporaciones financieras bajo la máscara de sus ramas manufactureras favorecidas, del comercio y

de la navegación, que gobernará y cabalgará sobre el campesino expoliado y sobre la burguesía empobrecida. Esta será el próximo beneficio supremo para la monarquía de su primer deseo, y de tal vez el esca-lón más seguro para ella”.

No se puede, por tanto, afirmar que Paine y Jefferson no hayan tenido sentido para las reformas económicas y sociales. También el lema de Daniel Webster: “El gobierno más libre no puede resistir largo tiempo cuando la tendencia de la ley es a crear una rápida acumulación de propiedad en manos de unos pocos, y a hacer que las masas sean pobres y de-pendientes”, y muestra que se tenía plena conciencia del peligro de semejante desarrollo. También los li-berales posteriores mostraron un interés declarado por la reforma social que debía servir de apoyo a sus principios políticos. Se conoce el interés de Emer-son por las ideas del fourierismo y por el experimento de la *Brook Farm*. Se conoce la propaganda de Wen-dell Phillips en favor de una reforma monetaria y la actividad de Garrison en pro del impuesto único. Tampoco en este aspecto hay una línea firmemente definida que separe a los grandes representantes del liberalismo americano de los primeros anarquistas de los Estados Unidos. Como en Inglaterra la obra de Godwin, *Political Justice*, era el resultado lógico de aquella gran tendencia espiritual que quería tra-zar límites más estrechos al poder del Estado y no permitirle intervención alguna en la vida espiritual

y social del hombre, así las ideas de Warren y sus sucesores eran únicamente el resultado natural de aquella tendencia política-social a la que se debió la *Declaration of Independence* y que tuvo sus más grandes representantes en Jefferson, Paine y sus sucesores.

Toda la actividad del anarquismo individualista en los Estados Unidos, desde Warren a Tucker y sus partidarios, se extendió exclusivamente en ambientes puramente americanos. Sus aspiraciones constituyen, por tanto, un elemento de la historia del desarrollo intelectual de este país, que no se puede negar, como no se puede negar la influencia espiritual de Paine, Jefferson, Emerson, Thoreau, Phillips o Garrison.

Como en todo movimiento espiritual, así hay también en los anarquistas individualistas de los Estados Unidos diversas graduaciones, pero no es difícil establecer en ellos ciertos principios fundamentales que le son comunes a todos y que les distinguen estrictamente de las otras tendencias del socialismo. Todos abogaron por el derecho de propiedad del hombre al producto íntegro de su trabajo y vieron en ese derecho la base económica de toda libertad personal. Todos reconocieron en la libre competencia de las fuerzas individuales y sociales una disposición claramente perceptible de la naturaleza humana, cuya obstrucción o intervención artificiosa tiene que conducir inevitablemente a una perturbación del equilibrio social. A los socialistas de otras escuelas, que veían en la *libre concurrencia* uno de los resultados

más corruptores del orden social capitalista, les respondían que el mal consiste en que hoy poseemos muy poca competencia, no en que poseemos demasiada, es decir, que bajo el imperio de los monopolios no es posible ninguna concurrencia. Partiendo de este punto de vista, rechazaban toda solución comunista del problema social y se mostraban tan adversarios de las aspiraciones del socialismo de Estado como de las tendencias de Kropotkin y de los anarquistas comunistas. Eso se manifiesta de la manera más aguda en Tucker y en sus partidarios más íntimos.

Ciertamente, hubo entre los llamados individualistas un buen número que en ese concepto eran más amplios y que reconocieron justamente que el mutualismo, el colectivismo o el comunismo solo representan métodos económicos diversos, cuya bondad práctica había primero de ser probada, y que lo que en primer término importa es asegurar la libertad personal y social del hombre, sin que signifique nada la base económica sobre la cual pueda ser alcanzado ese objetivo. No condenaban por eso a toda otra tendencia como *arquista*, según la palabra de Tucker, sino que reivindicaban simplemente para sí el derecho a marchar por el propio camino y reconocían a los demás el mismo derecho. A ellos pertenecían singularmente William Holmes y Dyer D. Lum, el autor de *The Economics of Anarchy* (1890), cuya vida ha descrito Voltairine de Cleyre tan bellamente.

Un segundo punto en que concuerdan todos los

anarquistas individualistas de América era la fuerte acentuación de la igualdad de derechos de ambos sexos y su intervención en favor de la *libertad sexual*, por la que se agitaron más vivamente que ninguna otra tendencia en Europa. Algunos de ellos, como Tucker, rechazaron la monogamia de plano, porque eran de opinión que hace violencia a la naturaleza humana, pero todos reconocían que las relaciones sexuales de los seres humanos no pueden encerrarse en ningún sistema determinado. Una serie de ellos, como por ejemplo Erza Heywood, Moses Harman, Lillian Harman, D. B. Bennett, E. S. Walker y otros tuvieron que soportar grandes persecuciones a causa de sus puntos de vista.

Un tercer punto, que les era casi común a todos, es el rechazo de toda propaganda de la violencia. Ninguno de ellos era partidario de la absoluta pasividad, que rechaza por motivos puramente éticos todo empleo de la violencia. Todos reconocían el derecho a la resistencia violenta contra un despotismo insostenible, derecho que Jefferson había establecido en la *Declaration of Independence*. Pero reconocían que el anarquismo no podía ser introducido ni sostenido por la fuerza; por eso ponían el peso principal de su propaganda en la ilustración, en la educación y en la enseñanza de los hombres, a fin de capacitarlos y prepararlos para un estado de cosas sin autoridad. Rechazaban por ello el empleo de todo medio violento por razones tácticas, mientras la sociedad les garanti-

zaba el derecho de obrar en el sentido de su resistencia pasiva, un medio más eficiente que los conflictos violentos, y justificaban éstos sólo cuando el despotismo impedía cualquier otro medio. Cifrabán grandes esperanzas en el sentimiento de responsabilidad del hombre y creían en una desaparición gradual de todas las formas coactivas por la superioridad de las ideas y el libre acuerdo entre los individuos.

Y todavía les era común un cuarto punto: todos creían en la eficacia de los ensayos prácticos, lo que especialmente en Warren y en sus partidarios se manifiesta agudamente. Pero al contrario de los representantes del viejo socialismo experimental, no creían en el éxito de pequeñas comunidades que se apartan, por decirlo así, de la sociedad, para poder vivir conforme a sus ideas. Sostenían más bien el punto de vista que tales ensayos deben emprenderse dentro de la sociedad y tienen que asumir el carácter de empresas cooperativas que se aseguran el crédito por medio de un Banco sin interés. Esas ideas encontraron vigorosos defensores en Greene, Spooner, Heywood, Fulton, Tandy y muchos otros.

No es misión de este estudio aplicar a las ideas y métodos de los anarquistas individualistas el cartabón crítico y destacar especialmente sus aspectos buenos y sus aspectos débiles. Me importaba sobre todo exponer imparcialmente sus doctrinas y señalar singularmente que el anarquismo en los Estados Unidos no fué ningún producto extranjero, sino que ha

surgido directamente de las condiciones y de las tradiciones históricas de este país. Existía aquí ya cuando en Europa no se había descubierto aún signo alguno de un movimiento anarquista. Sus ideas básicas y políticas, fueron elaboradas ya por Warren, antes de que Proudhon hubiera iniciado su gran obra. Es por eso una parte de la historia americana, cuyo relato sería incompleto si se quisiera pasar por alto esa página de su vida espiritual.

Es verdad que el anarquismo americano más tarde fué influído por ideas europeas, pero por otra parte se ha hecho notar su influjo también en Europa. Una prueba de la vieja verdad que la vida espiritual de los hombres no está ligada a fronteras políticas, sino que corresponde al círculo general de cultura a que pertenecemos. Liquidar una idea o un movimiento incómodos tildándolos de *no americanos*, es no respetar debidamente las mejores tradiciones del país, y equivale a adoptar las fáciles consignas de Hitler y Mussolini y a abrir el camino al Estado totalitario. La llamada *civilización blanca* de América es obra de los inmigrantes europeos. Todas las instituciones religiosas, políticas, económicas y sociales de este país se han desarrollado bajo esa influencia. Digámoslo nuevamente: La cultura como conjunto no es, de acuerdo con su esencia, ni americana ni europea, sino panhumana en todas las premisas y efectos.

Pero la libertad de un país es medida por el grado de tolerancia que opone a las concepciones e ideas

personales de sus habitantes. Toda idea es justificada en sí, mientras corresponde a la convicción honesta de sus representantes. Se convierte en despotismo cuando éstos intentan imponerla a otros violentamente y contra su voluntad. Pero en este caso no es la idea en sí, sino el método para transformarla en realidad lo que justifica la resistencia y puede hacer un deber de la hora la apelación a la fuerza.

Si la palabra democracia tiene una significación, es que supera los ataques del despotismo, no por la presión de la coacción del Estado, sino por su propia influencia moral, y —como dijo Proudhon— hace a los hombres conscientes de que su libertad no encuentra sus límites, sino su confirmación en la libertad de los otros.

Pero aquellos para quienes el nacionalismo cien por cien solo consiste en atribuir toda idea incomprendida a los extranjeros, y hacen a estos imposible la vida mediante leyes especiales, deben tener presente las palabras de Jefferson:

“Solo el error necesita la ayuda del gobierno. La verdad puede existir por sí misma”.